



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhos.aafi.es

CAFÉ CON FILOSOFÍA

Antonio Sánchez Millán, *Practicar la Filosofía, Los cafés filosóficos y otras prácticas socráticas*, prólogo de Gabriel Arnáiz, Editorial Alegoría, Sevilla 2013, 220 páginas.

José Antonio de la Rubia Guijarro

Este es un libro sobre práctica filosófica, que no sobre "filosofía práctica". En filosofía, como en muchos ámbitos de la vida, la relación entre teoría y práctica puede ser muy dificultosa. Al igual que ocurre con el sexo, digamos que la teoría se la sabe todo el mundo pero puede costar mucho aplicarla. Quizá la mayor patología que padecemos quienes nos dedicamos a la filosofía sea que hablamos mucho de la misma pero filosofamos poco. Kant vio con lucidez la distinción entre el contenido filosófico ("enseñar filosofía") y la praxis filosófica ("enseñar a filosofar"). Son dos procesos distintos. Hay personas que saben mucha filosofía pero apenas filosofan. Y a la inversa, claro. La filosofía institucionalizada, la filosofía académica, está basada en la teoría filosófica. Es probable que este tipo de enseñanza desaparezca, no corren buenos tiempos para la lírica filosófica. Pero la práctica filosófica nunca desaparecerá ya que no es una institución sino un modo de vida. Para que desapareciera la práctica filosófica deberíamos dejar de ser animales racionales.

Aunque las reformas educativas nos vayan a afectar negativamente, hay que reconocer que la filosofía sobrevive perfectamente fuera de las aulas. De hecho, empezó ahí. El aula puede ser el mejor sitio para enseñar filosofía pero fuera del aula puede enseñarse a filosofar. En los últimos años, en Europa y Estados Unidos ha surgido una corriente que pretende desarrollar la práctica filosófica fuera de las instituciones académicas,



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhos.aafi.es

recuperando así el espíritu socrático de sus inicios e insertándola dentro de la vida cotidiana. Del "asesoramiento filosófico" a los "cafés filosóficos" pasando por los "diálogos socráticos". Autores como Lou Marinoff, Pierre Hadot u Óscar Brenifier fuera de España, así como Mónica Cavallé o Gabriel Arnáiz en nuestro país han llevado la filosofía a la práctica, intentando convertirla en una forma de vida. Antonio Sánchez Millán se inserta plenamente dentro de esa corriente, tomando como referencia especialmente a Pierre Hadot y Gabriel Arnáiz (quien prologa el libro). En concreto, Practicar la Filosofía se centra en los "cafés filosóficos", pero antes de llegar ahí, Sánchez Millán realiza un recorrido más largo. Así, en la primera parte ("salvar la filosofía a través de su práctica") realiza una defensa y una justificación casi agónica de la propia filosofía. Efectivamente, como dice Sánchez Millán, la filosofía no está de moda, ya no interesa y está amenazada. Sin embargo, a través de su concepción primigenia de diálogo, la filosofía puede hacerse presente socialmente y hacer contribuciones importantes a la resolución de los problemas contemporáneos, aportando ideas, yendo a la raíz de las cuestiones, mediando en conflictos, etc. Lo paradójico de este asunto, desde mi punto de vista, es que la filosofía se estigmatiza y rechaza por inútil en leyes, discursos y estereotipos sociales pero, a la vez, existe una fuerte demanda de ideas filosóficas y ha sido la propia crisis económica la que ha propiciado este fenómeno: necesitamos saber qué pasa y qué podemos hacer para arreglar todo esto. Baste como ejemplo el dato de que la bajada de ventas de libros propiciada por la recesión ha afectado menos a los textos de pensamiento que, por ejemplo, a las novelas. Para entender lo que está pasando en el mundo no bastan las explicaciones de hechos de la ciencia, son necesarios razonamientos en un segundo nivel, más abiertos o abarcadores. Razonamientos nítidamente filosóficos.



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhos.aafi.es

El aparente descrédito social de la filosofía no debería preocuparnos mucho porque este siempre ha existido por lo menos desde los tiempos de la risa de la muchacha tracia. Es más, puede que a veces esté justificado rechazar determinados "estilos filosóficos" y tampoco estaría bien defender la filosofía haciendo una especie de sobrevaloración in toto sin ver ningún tipo de defecto en ella. Seguramente la filosofía no tiene la solución de los problemas pero sí es necesaria para ayudarnos a plantearlos mejor. Especialmente los problemas humanos, a los que la posmodernidad quiere convertir en problemas de tipo técnico para ser tratados por "expertos". Ese sí sería el primero de los frentes en los que habría de batallar la tradición filosófica: en cuestiones humanas todos los humanos somos "expertos" (¡o aprendices!). Y muchas veces los problemas humanos, más que cuestiones de tipo técnico/psicológico, son problemas lógicos, es decir, problemas de sentido, la especialidad del restaurante filosófico. Como dice Sánchez Millán: "[H]emos de tener presente que, antes de toda esta pléyade de explotadores de las angustias y esperanzas humanas, de tanta expertocracia que nos hace sentir incapaces de cuidar de nosotros mismos, estaba la filosofía". La filosofía, sin embargo, no tiene que hacer otra cosa más que lo que siempre hizo: preguntar, dialogar. Así fue como nació de la mano de Sócrates y es a Sócrates y a sus diálogos a quienes Sánchez Millán dedica la segunda parte de su libro ("Sócrates o la verdad de la filosofía").

Con Sócrates, desde luego, siempre hemos tenido un problema. Se le ha comparado con Jesucristo por su muerte ejemplar pero hay otro nivel de comparación más pertinente y es que ni a Sócrates ni a Jesucristo los conocemos realmente. No hemos vivido con ellos, no nos han dejado textos y sólo podemos especular con lo que verdaderamente eran. Además, tanto Sócrates como Jesucristo nos han sido vendidos como "productos



elaborados" por personas que los idolatraban. En el caso de Sócrates, lo único que sabemos de sus diálogos reales es lo que fue escrito por Platón con un propósito más filosófico que periodístico (con la posible excepción de la Apología). Los diálogos reales, aunque estén protagonizados por personas brillantes, no son tan perfectos. Dejando esa cuestión aparte, también habría mucho que decir sobre la utilización ideológica del "diálogo" por parte del posmodernismo. No obstante, siguiendo a Pierre Hadot y a Oscar Brenifier, Sánchez Millán elabora un concepto de diálogo socrático como modelo de ejercicio filosófico. El elemento clave aquí es el reconocimiento, pero no sólo del interlocutor sino de "lo otro" del problema. El diálogo es escuchar al otro pero a la vez conocerse a uno mismo. Estas condiciones raramente se cumplen en la pragmática comunicativa de nuestras mediáticas sociedades. La gente no quiere conocerse sino realizar una afirmación de su identidad y, desde luego, como dice Sánchez Millán, no escucha, ni en la calle ni en el aula. Ese "no escuchar" era, recordemos a Ortega, una de las características del hombre-masa, a saber, del anti-filósofo. Pero en el auténtico diálogo socrático "el sujeto queda expuesto ante sí mismo, al quedar expuesto a la verdad y al bien que articula el logos de la discusión". Por tanto, uno dialoga no para derrotar al otro sino para alcanzar la verdad. Sánchez Millán ejemplifica esta actitud estudiando más detenidamente los ejemplos platónicos del Cármenes y el Banquete. Lo realmente valioso de esos textos es cómo se articula en ellos la forma del diálogo, más allá del hecho de que ni en ellos ni en ningún otro diálogo se llegue a una conclusión definitiva.

Antonio Sánchez Millán dice que Sócrates está más vivo que nunca y para demostrarlo nos ofrece, en la tercera parte de su libro ("el café Sócrates"), una muestra viva de práctica filosófica. Es, sin duda, la parte más interesante del texto, ya que se nos



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhoo.aafi.es

muestran ejemplos reales del desarrollo del diálogo filosófico. El concepto del que se parte es el de "café filosófico", una idea del profesor francés Marc Sautet introducida en España por Gabriel Arnáiz. El "café filosófico" es una práctica más elaborada de lo que puede parecer a primera vista. Sánchez Millán empieza caracterizándolo negativamente: el café filosófico no es una charla, ni una tertulia, ni un debate, ni una clase de filosofía ni una terapia de grupo. Es una práctica abierta, en el espacio público, donde no existen restricciones en cuanto a quién participa, pero a la vez es una práctica reglada donde el moderador tiene un papel muy importante solicitando aclaraciones, controlando el tiempo, estimulando a los participantes, planteando objeciones, comparando posiciones y, si viene bien al caso, apelando a la tradición filosófica.

Estas formalidades teóricas se concretan en una serie de cafés socráticos que el autor organizó en Cabra, Castro del Río y Vélez-Málaga (los relatos de los cafés se encuentran en el blog "palestradefilosofia.blogspot.com.es"). La crónica de estas sesiones ocupa la mayor parte del libro, así conocemos los testimonios de sus protagonistas (recordemos que no hay restricciones de edad, formación o cualquier otra circunstancia para participar en el "café"), los temas y desarrollo de las sesiones, las conclusiones, etc. Y al final de cada sesión se presenta una ficha/esquema con las líneas argumentativas, planteamientos, ideas, ejercicios... muy útiles para quien quiera organizar su propio café filosófico e ir más allá de él. Esta estructura contribuye a una doble función ulterior del café filosófico. En primer lugar, tenemos una función didáctica en la medida en que las prácticas filosóficas presentadas pueden aportar recursos para el profesor en el aula. En segundo lugar, el café filosófico proporciona orientaciones individuales o terapéuticas para el lector, a partir de la experiencia y la



dinámica del grupo asistente a cada uno de los cafés filosóficos. En cuanto a los temas tratados hay una gran variedad, que va de lo más especulativo a lo más práctico. Así tenemos: 1) ¿Somos física y química, o somos algo más?, 2) ¿En qué consiste la madurez personal?, 3) ¿De verdad hemos avanzado?, 4) ¿Es posible la felicidad?, 5) ¿Por qué juzgamos?, 6) ¿Para qué la muerte?, 7) ¿Cómo afecta la tecnología a nuestro mundo?, 8) ¿Hay meta o hay camino, en la vida humana?, 9) ¿Qué puede significar hoy la compasión?, 10) ¿Cuál es el sentido de la vida?, 11) ¿Hay motivos para indignarse?, 12) ¿Por qué la hipocresía?, 13) ¿El camino de la vida es nuestro?, 14) ¿Podemos comunicarnos realmente? y 15) ¿Por qué el ser humano es religioso?

Sánchez Millán nos ha dejado claro que el café filosófico no es un club de debate ni un duelo dialéctico. Se trata de buscar la verdad (no de ser simplemente brillante o erudito) a la vez que se convive y se reconoce al otro. El autor afirma con lucidez que “[...] muchas veces estamos diciendo lo mismo, pero [...] el tono y las palabras es lo que más no está separando”. El planteamiento del café filosófico es bueno para intentar evitar esa especie de paradoja de la sociedad contemporánea, es decir, que los debates están polarizados ruidosamente en posiciones que son aparentemente idénticas. No obstante, eso no quiere decir que no se le puedan, en un sentido más general, presentar objeciones (que el propio autor expone en una especie de epílogo crítico en forma de correspondencia electrónica con Pepe Zafra). En cualquier caso, Practicar la Filosofía es un libro que sólo adquiere sentido justamente con eso, con la práctica, y será más brillante en la medida en que pueda ser más útil, a saber, en la medida en que pueda seguir vivo en otros cafés, otros escenarios, otras personas. Es entonces cuando el entusiasmo de Sánchez Millán podría ser también el nuestro.